



# El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9247

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7 1/2 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 1/2 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. G. Centre, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.

SABADO 27 DE AGOSTO DE 1892.

## Museo Comercial.

Exposición permanente y venta en comisión de productos industriales.

Maquinaria para minería, agricultura y obras públicas.—Materiales de construcción.—Muebles.—Mayólicas hispano-árabes, pinturas y papeles para el decorado.—Cerámica y cristalería.

Precios fijos. Entrada libre.

Puerta de Murcia Paaje de Conesa.

DOCTOR USON.

Consultas de las enfermedades de los ojos y de la matriz.—Todos los días de 9 á 12.—Calle Mayor, 11, principal.

## ESCUELA DE PÁRVULOS

«Dejad que los parvulos se lleguen á mí.» decía Jesucristo.

¡Enseñanza sublime! Jesús, personaje tan grande, elevado y sublime; Jesús cuya doctrina de paz, amor y fraternidad es la que por su dulzura y base de justicia dio al traste con el grosero y materialista gentilismo; Jesús, cuya doctrina santa y elevada cambió la faz social, vuelco radical que ningún otro catecismo y filosofía pudo conseguir, enseña á los hombres de Estado, á los fatuos y traficantes que, si algo debe llamarles la atención, para la prosperidad de la patria, es lo que menos les preocupa y más desdichan: terciar con la niñez, educar ese mundo pequeño que les ha de sustituir un día.

Dejad que los pequeñuelos vengán á mí que yo les daré á conocer mi reino. Si; la educación de la niñez es la base de una buena, pacífica, progresiva y feliz sociedad.

Por esto los pueblos todos deberían tener escuelas suficientes y bien atendidas para la infancia.

Pero si precisas son las escuelas en general, más indispensables son las escuelas de párvulos en particular, ya para facilidad de éstos, ya para bien de las generaciones futuras, ya para comodidad de los padres.

Hablamos de escuelas de párvulos, bien montadas, bajo un sistema intuitivo higiénico; no hablamos de escuelas de pasatiempo, y que les impongan trabajos intelectuales, pesados y superiores á sus fuerzas.

Si son escuelas de pasatiempo, este encierre es sin provecho intelectual y por tanto inútil; y como por condición de su edad, la atmósfera suele ser pestilente, de ahí que sea antihigiénico dicho encierre, sobre ser ya inútil. Tales escuelas deben desterrarse por nevas; vale más que aquellos tienos cuerpecitos vayan á vegetar al libre.

Si son escuelas que las impongan trabajos intelectuales, superiores á su edad, son también perniciosas, porque una cultura intelectual precoz, sofoca el desarrollo corporal, esencialmente necesario en aquella edad.

Por temor á esto último, ay padres que no quieren mandar sus hijos al colegio hasta los 6 ó 7 años; y este criterio, si es fundado cuan-

do no hay otra clase de escuelas que éstas y aquéllas, no tiene razón de existir cuando en su localidad existan verdaderas escuelas de párvulos montadas bajo un sistema intuitivo é higiénico.

La escuela de párvulos, así establecida tiene estudios prácticos y profundos sobre el carácter del párvulo y de sus defectos, naturales en tal edad; por lo mismo, existe la virtud pedagógica de la hábil sagacidad para saber neutralizar y corregir tales defectos, hacerles nacer el gusto, afición y cariño para con el colegio, hacer que apetezcan la pizarra para trazar las letras y dibujos; que aspiren á ser preguntados, que guarden con anhelo la formación y disciplina higiénico-escolar, en suma: que en vez de ser refractarios al colegio pidan ser acompañados á él con puntualidad, porque lejos de hallar allí sujeción pesada, sienten la sucesiva variedad intuitiva que, instruyéndoles, cautiva su atención sin darse cuenta, y les estimula á querer ser preguntados.

Esto, cuando el niño asiste de 3 á 6 años. Pero, si el niño no empieza á concurrir al colegio hasta los 6 y 7 años, acostumbrado á tanta soltura y holganza, le molesta el recoger su atención para aprender las letras y escribir, le disgusta la sujeción, comprendiendo que es la escuela la causa que le sujeta, le toma repugnancia y se muestra refractario á ella, sobre todo si no da con un sistema moderno intuitivo y preciso apelando al castigo para extirpar su refracción á ella.

Además, la escuela de párvulos facilita los estudios futuros, pues dando conocimientos generales de todo, aunque no adquieran los párvulos conocimientos inconcusos y ciertos, tienen sin embargo nociones suficientes, aunque vagas, para hablar en las escuelas elementales, superiores y de 2.ª enseñanza una simple ampliación de sus nociones vagas, pero no ideas nevas.

De modo, pues, que, si la escuela de párvulos, bajo un sistema intuitivo higiénico recrea, les habilita al orden y al trabajo, sin fatigar su físico; si destierra en ellos la efracción á la escuela y si les facilita los estudios futuros, convenimos en que la Escuela de párvulos, bajo un sistema intuitivo, higiénico y de formación disciplinaria, es la mejor base de una educación sólida, precoz y no fatigosa.

MODESTO MARTI.

## ECOS DE MADRID.

25 de Agosto de 1892.

Verano más variado que el que estamos disfrutando no es posible hallarlo ni con candil, porque ya no se usa en la corte este antiguo artefacto. Pasamos con rapidez vertiginosa del desierto de Sahara á la Siberia, nos achicharra un día una temperatura de 40 grados y siguiente nos falta poco para estar bajo cero. De todos modos el verano de 1892 figurará entre los más frescos del repertorio.

Por todas partes se nota la frescura que nos regala el tiempo. Ya han visto los lectores qué agradable temperatura presidió á la designación de los festejos con que se proponía obsequiarnos el

Ayuntamiento en Octubre próximo, y sobre todo al presupuestar las cantidades destinadas á esta solemnidad.

Los contribuyentes se alarmaron. Les pareció que iba á dejarlos á oscuras la luz que tan cara debía costar. El precio de la crónica llamada á perpetuar la fresca municipal les pareció también exorbitante. Los diarios de gran circulación clamaron, y por esta vez no en el desierto, el gobierno se informó del punto de quedarnos sin fiestas.

Pero ya parece que todo está arreglado, habrá festejos modestitos y se hará algo útil que quede como recuerdo de la solemnidad. El municipio que disfrutamos es de buen componer. Se equivoca, le señalan el error, lo reconoce, renuncia á sus grandezas, se queda tan conforme y hasta otra.

Y esto le pasa en todo lo que demuestran su buena índole. Trató de uniformar á los serenos; estos funcionarios nocturnos perdieron la serenidad y protestaron. Pues como si tal cosa. Los serenos siguen usando el traje que más les place, y el municipio tan tranquilo y bondadoso.

Ahora ha tocado el turno á los cocheros. La verdad es que no le vendría mal presentarse aseados. No sé quién, supongo será el edil que tiene á su cargo la inspección de los carruages de alquiler, ha ideado un lindo figurín para los automedontes: pantalón, chaleco y cazadora de paño azul con vivos encarnados y botones plateados y gorra en armón: con el uniforme.

El Sr. Alcalde ha encontrado muy de su gusto el traje; pero parece que los cocheros se resisten á usarlo, por lo menos piden que no los uniformen hasta el invierno; y ya verán ustedes cómo se salen con la suya, porque si tienen la libertad de atropellar á la gente por qué han de carecer de la de emperegararse á su gusto.

Los panaderos han subido el pan. ¿Por qué? Vayan ustedes á saber por qué. Porque lo han tenido á bien; esto basta.

El municipio, que vela paternalmente por los madrileños, los ha llamado.

—Pero hombres de Dios, ¿por qué elevan ustedes el precio del pan sin motivo para ello?

—Porque queremos darlo bien pesado.

—De modo que cuando tiene el peso que debe tener?...

—No ganamos lo que debemos ganar.

—Es decir, que es un motivo de honradez el que les mueve á ustedes á elevar el precio?

—Precisamente.

Después de oírlos casi es cosa de darles un abrazo y de admirar la moralidad de esta clase social tan necesaria, puesto que produce un artículo de primera necesidad.

Es de creer que sea ésta la impresión recibida; porque no consta que hayan variado de opinión los panaderos.

La noticia que han dado los periódicos de una pobre mujer sometida á un verdadero suplicio por la previsión celosa ó la desconfianza inhumana de su amante, ha sido objeto estos días de animados comentarios. Son tantas las personas que creen que esta clase de noticias deberían ser sólo conocidas de los tribunales, si no por pudor, al menos por higiene. ¡Es doloroso en efecto que estos sucesos que revelan perversión de costumbres, acorten el plazo respetable de la infancia y de la adolescencia!

Pero el público es voraz, necesita saberlo todo, curiosarlo todo; y cuando los periódicos hacen el sacrificio de mangar sus columnas con un poco de miseria humana para satisfacer los apetitos desordenados de sus lectores, éstos les echan en cara su en ocasiones poca discreta bondad.

No deben ofenderse los aficionados al naturalismo de Zola porque el maestro

forme escuela y logre tener aventajados discípulos.

Asuntos para esta novela enfermiza no faltan. Antes de ayer encontraron los noticieros una muy sabrosa en el portal de una casa. Un marido que vive separado de su esposa la seguía sin duda para hacer las paces. Unos dicen que al comenzar á subir la escalera su consorte la llamó mostrando una navaja; otros aseguran que llevaba arma alguna. Pero en lo que todos están conformes es en que la señora sacó un revólver para defenderse.

Duquesas que se batan á sable en Austria, señoras con revólver en Madrid.

La emancipación de la mujer se abre paso!

JULIO NOMBELA.

COLABORACIÓN INÉDITA

COLOQUIOS DE VERANO.

Texto de Pérez Nieva.—Dibujos de Gilla.—Fotografados de Laporta.

ENTRE PAJARAS.



—¡Hola, paisana!

—¡Adiós, amiga!

—¿Cómo aquí tan solitaria la diosa?

—Tú no sabes el tormento horrible que significa el sonreír por obligación. Ya estoy harta de oír necedades, y me vengo á la alameda con la esperanza de no encontrar hombres.

—¡Pero es una apostasia! Vamos, á tí no te ha salido este año la cuenta.

—Entre nosotras no deben de existir tapujos. No me ha salido efectivamente. ¡Te aseguro que no sé qué partido tomar! Antes se tenía la seguridad de encontrar en la costa algún príncipe ruso que se dignara protegerla á una en cuanto lucía



el primer traje de baño, pero ahora... Para la actual temporada me he traído yo un bañi atestado de vestidos elegantísimos, con arreglo al último figurín, de ropa interior de fularh, de medias de seda negra, y nada. El elemento masculino sin comoverse.

—¿Pero es posible?

—¡Y tan posible! Lo que es las tales playas de moda resultan un verdadero timo... ¡Como los caballitos del casino no den algo de sí, no sé de qué manera voy á satisfacer mis gastos. ¡Calculate que para venirme al balneario empené todas mis alhajas buenas y me defendiendo gastando las falsas!

—Pero, permíteme que te diga que eso no es verosímil. El amor es eterno y perdurable.

—Si lo será; pero sin duda le han quitado la venda. Como supondrás, yo no me desuido y me desojo á miradas en cuanto descubro una panza de banquero ó una cara de aceña con sofadores cabellos rubios. Pero, hija, se han acabado las patillas sensibles y los monóculos impresionables.

—¡Vaya, vaya! ¡Lo siento!

—¿Y á tí? ¿Qué tal se te presentó el verano?

—Pues bien. Nosotras lo pasamos mal en el invierno. El frío nos sitia por hambre; pero la época del calor es una delicia. Nos sobra grano. Primero con la siega, después con la trilla. Ahora empezaremos á picar en las huertas.

—Por supuesto, á la rebatifa.

—A cuenta y riesgo de alguna perdigonada. ¡Claro! Pero, ¿para qué sirven las alas? ¡Ea! Me largo á las eras, que ahora es la mejor ocasión para entrar á saco, aprovechando la siesta. Con que, adiós, vengadora, que caigan muchos cosacos millonarios, y no desesperarse.

—Vé con Dios, gorriona, y que aproveche el trigo.

DE PEZ A PEZ.

—¡Buenos días, señor!

—¡Hola, amigo pez!

—¡A remojarse el cuerpo! ¿Eh? Hoy sí que está el agua fresquita.

—Tierra afuera hace un calor tremendo. ¡No se mueve una paja! ¡Ni aun á la sombra se respira!

—Usted pasará en el verano unas angustias atroces con su gordura. Cuando se mete en el baño lo advertimos nosotros por el formidable chapoteo que se arma.



—Pues yo no soy de los más obesos. ¡Mire usted que hay este año aquí cuatro ó cinco panzas con dos arrobas de grasa cada una! Yo creo que entre todos desequilibramos el oleaje.

—Por lo menos le diré á V., que cuando V. se zambulle, nos cuesta trabajo nadar de lo pingosa que se queda el agua.

—¿Y V. se baña siempre á esta misma hora?

—¡Sí, señor! Los peces de las playas de moda acomodamos nuestras costumbres á las de la gente de tono.

—¡Ah! De suerte que á las once de la mañana nos chapuzamos los entrados en carnes. ¡Porque ustedes tampoco andan mal de lomos!

—Exacto, caballero. A esta hora no se encontramos aquí todos los atunes.

LOS MOSQUITOS

—¡Mírala, mírala! Parece una ondina! ¡Qué arrogante y qué gallarda! ¡Dígame! ¡Pues no se me ha olvidado reman